

Elecciones educativas racionales y de las otras: un comentario sobre el artículo de Coleman

Scott Semau¹

Resumen

Se sostiene en este artículo que el esquema planteado por Coleman de una estratificación en base a méritos, sólo oculta los efectos indeseables de la estratificación socioeconómica y racial vigente, dado que el desempeño está estrechamente asociado a los antecedentes familiares del estudiante; se dice además que la diferenciación por desempeño agravaría el aislamiento de los grupos estudiantiles. El autor sostiene además que un sistema de elección como el propuesto, al ampliar la brecha entre la élite y el grueso de los estudiantes, lleva a un descenso de la productividad del conjunto de la fuerza de trabajo. Finalmente, propone formas alternativas de elección, que evitan la segregación.

El provocativo intercambio de opiniones entre Astin y Coleman sobre el tema de la «libre elección» de la escuela es extremadamente importante, pues es en ese tema donde gran parte de la reforma de la política educativa se está centrando. Coleman, quien aparentemente es el segundo en escribir, hace importantes críticas a la coherente explicación de Astin sobre la relación entre la «libre elección» y la mayor estratificación educacional, pero estas críticas, a su vez, soslayan muchos temas importantes. El meollo del debate consiste primero en la dimensión y la naturaleza de la estratificación que resultaría de un sistema de «libre elección», y segundo, en el efecto de este sistema de estratificación sobre el desempeño general de los estudiantes y la calidad de las escuelas. Cada uno de estos temas merece ser reexaminado.

El primer elemento para determinar los efectos es el tipo de programa de «libre elección» que se está discutiendo. Un debate clave en la elección presidencial de 1992 fue el referido a si la «libre elección» debía incluir a las escuelas públicas y privadas, o limitarse a las públicas. Esta es una distinción crucial para determinar tanto la naturaleza como la intensidad de la estratificación que podría resultar. La recompensa a una instrucción excelente (o percibida como

1. El doctor Scott Sernau es profesor asistente de Sociología en el Departamento de Sociología de la Universidad de Indiana en South Bend. El artículo ha sido traducido de su versión original en inglés aparecida en *Sociology of Education* 66,1 (enero 1993):88-90, con autorización del autor y de la revista.

tal) en una escuela privada no es una expansión ilimitada de la escuela, porque una expansión usualmente afecta la calidad de los profesores y estudiantes que pueden ser atraídos, así como la disponibilidad percibida de atención personalizada. Más bien, la recompensa es que surge una justificación para el aumento de sus pensiones. Sin duda, muchas de las escuelas privadas mejor clasificadas cobran pensiones iguales a las de muchas universidades. El ingreso es selectivo, y el proceso de selección está basado principalmente en la capacidad económica del alumno de pagar programas preparatorios que le permitan alcanzar las calificaciones que exige la escuela, y de pagar la pensión.

Claramente, éste no es el sistema meritocrático que Coleman desea. Al mismo tiempo, la creciente matrícula de estudiantes de clase media y alta en las escuelas privadas está ligada al decreciente deseo de los electores de esas clases sociales de sostener la educación pública. Aun si el financiamiento de la educación pública no declina directamente, todos los recursos -personales y financieros- que los padres más ricos invertían en sus hijos, ahora benefician indirectamente a las escuelas privadas, no a las públicas. Los niños que crecieron con libros, computadoras, viajes, cuidado educativo en guarderías o jardines de infancia y una variedad de programas de «enriquecimiento» están hoy elevando la calidad de las instituciones privadas, no de las públicas. Las escuelas de punta mejoran no por innovación, sino porque «descreman» a los mejores alumnos de otras escuelas. Los vales no afectan el papel que juega la capacidad económica de la familia en la toma de decisiones educacionales, en tanto son montos fijos, no atados a la calidad y al costo de la escuela escogida, y están bastante por debajo del valor de las pensiones en las escuelas exclusivas.

La única forma de prevenir la formación de un sistema jerarquizado público-privado es la realización de una sustancial inversión compensatoria en la educación pública, como se hace en el nivel universitario. Las universidades públicas de muchos estados igualan el prestigio de muchas instituciones privadas gracias a las sustantivas inversiones que hacen en ellas los propios estados, apoyados por legisladores preocupados por la reputación de sus estados. Los salarios y los equipos, y aun el número de alumnos por aula, son tan buenos si no mejores que los de sus competidores privados.

Sin embargo, aun entre las escuelas públicas el problema del agravamiento de las desigualdades existentes no es irrelevante. Para volver al ejemplo de las universidades, los límites del financiamiento estatal suelen llevar a que el sistema jerarquizado se reproduzca dentro del sistema público, operando las universidades regionales o comunitarias sin las ventajas de la universidad pública líder más selectiva. Este es un sistema de «libre elección» en el sentido de que nadie está obligado a asistir a la universidad de su comunidad. Las decisiones, sin embargo, están probablemente basadas en consideraciones familiares y financieras, antes que en consideraciones educacionales de «libre mercado», que equiparen habilidades e intereses.

Coleman revive el argumento de Kingsley Davis que enfatizaba los beneficios de la estratificación siempre y cuando el principio de segregación sea el mérito. Aun si creemos que una meritocracia puede prevalecer contra las tendencias monopolísticas del poder y el privilegio delineadas por Weber, tal sistema tiene serios problemas. Ciertamente, Coleman sabe tanto como cualquiera que existe una fuerte correlación entre las capacidades percibidas y los antecedentes socioeconómicos de los estudiantes. Cada vez que se efectúan divisiones entre escuelas o al interior de ellas, los estudiantes de clase alta están sobrerrepresentados en los niveles altos de logro, y los estudiantes más pobres están sobrerrepresentados en los niveles bajos. Esta distinción se agrava con la raza: la mayor parte de los estudiantes pertenecientes a minorías raciales se congregan en los grupos más bajos. El problema ha llevado a que muchos cuestionen los méritos de ofrecer programas distintos a grupos de habilidades diferentes en la escuela. A pesar de que la evidencia sobre esos programas escolares diferenciados todavía es debatida, hay ya dos patrones generales establecidos: la diferenciación por habilidades mejora el desempeño de los estudiantes de nivel alto, deprime el desempeño de los estudiantes de nivel bajo, e incrementa el aislamiento social entre ambos grupos². Esto es, si la estratificación por habilidades se incrementa, las diferencias se profundizan. Las escuelas divididas según una jerarquía de habilidades son el resultado de una simple diferenciación inicial interna que se formalizó y separó más marcadamente gracias a la distancia. Los mejores estudiantes se aislaron aún más del resto.

Escuelas como la Escuela Secundaria de Ciencias del Bronx funcionan, y funcionan bien, pero lo consiguen «descremando» a los mejores alumnos de las otras instituciones. Dicha escuela tiene una buena mezcla racial porque atrae a estudiantes excepcionales de toda el área, y tiene un programa bien sostenido que iguala a sus contrapartes privadas y suburbanas. La pregunta real es qué sucede a las demás escuelas públicas en el Bronx. La respuesta es que muchas de ellas podrían tomar prestada la inscripción que tenían las entradas neogóticas del Infierno de Dante: «Abandone toda esperanza quien aquí entre».

La elección educativa es un concepto desorientador en un sistema lleno de restricciones: los estudiantes que deben matricularse en alguna, cualquier, escuela; las escuelas que deben recibir, aunque no eduquen, a todo aquél que llegue; todos aquellos que no tienen los recursos para hacer elecciones significativas. La competencia sólo eleva los niveles medios de rendimiento cuando todas las escuelas y todos los estudiantes tienen los recursos para competir y cuando los perdedores en la primera vuelta no son abandonados a su suerte.

2. El espacio disponible no permite una extensa discusión sobre la investigación realizada en este tema de la diferenciación. Para una revisión concisa de la literatura sobre el tema, que sustenta la conclusión presentada aquí, véase Maureen T. Hallinan; «The Organization of Students for Instruction in the Middle School» (*Sociology of Education* 65:114-127).

La huida de instituciones funcionales de las zonas céntricas de las ciudades ha sido bien documentada por William Wilson y otros investigadores. En muchas áreas urbanas, la escuela pública, sitiada como está, es la única institución sólida que queda. Bajo un sistema de «libre elección» a gran escala, esta última institución será también forzada a abandonar el centro de la ciudad, y las oportunidades para que la comunidad se eduque y mantenga su identidad se perderán. Si mediante presión política es obligada a permanecer, esta escuela en problemas sólo captará a aquellos estudiantes en problemas que no pueden escapar. Así, las escuelas pobres no desaparecerán del «mercado», pero los estudiantes pobres continuarán desapareciendo del mercado laboral competitivo.

El problema con esta meritocracia antiutópica va más allá de la cuestión de la equidad. El problema práctico para la nación no es la necesidad de educar cada vez mejor a los mejores, sino cómo manejar las necesidades del resto. Estados Unidos invierte mayores recursos en educación superior que cualquier otro país y tiene un número mayor de universidades de primera categoría, más programas de postgrado excepcionales, y probablemente más graduados universitarios excepcionales que cualquier otro. En muchos campos el Premio Nobel se está convirtiendo en una perpetua «Copa Americana». Donde la nación falla es en las habilidades verbales y cuantitativas de sus trabajadores del sector productivo. Las mayores ventajas de Europa Occidental y Japón están en estos niveles, no en los niveles educativos más altos. Un sistema que amplía la brecha de habilidades sólo puede empeorar la situación y reducir, en vez de elevar, la productividad nacional.

Estas consideraciones no niegan la «libre elección», pero señalan la necesidad de generar elecciones significativas para los individuos de todas las preparaciones, habilidades, y niveles socioeconómicos. En particular, la elección educativa puede ser incorporada por las propias escuelas con programas innovativos y cooperativos. Las escuelas de varias zonas pueden auspiciar conjuntamente programas especiales en artes y ciencias, y por tanto juntar a estudiantes de distintas razas y orígenes socioeconómicos con intereses comunes. Tales programas generan distinciones horizontales, no verticales: un rango bien integrado (tanto educacional como socialmente) de opciones de alta calidad para incorporar, involucrar e interesar tantos estudiantes como sea posible, en vez de un rango de niveles de una jerarquía de prestigio. Las buenas escuelas pueden ser premiadas con recursos (equipo, tiempo libre e incentivos salariales) para programas que ya han sido probados. Los incentivos deben ser otorgados, sin embargo, sobre una base de «valor agregado», según la cual las escuelas son premiadas de acuerdo a la mejora que muestren sus estudiantes, no por la suma de las ventajas que los estudiantes llevan consigo desde antes. Tales programas, claro está, requieren la provisión de recursos y la creación de oportunidades a lo largo de todo el sistema. Este compromiso debe ser la primera «elección». Es la única racional.